

EL PLURALISMO MONÁSTICO

En el mundo en que vivimos se echa de ver un creciente deseo de unidad. Nunca como ahora el mundo había sido pluralista y nunca como ahora había aspirado a la unidad. Tal vez el proceso de especialización de nuestro mundo moderno ha degenerado en atomización. La maraña de especializaciones detallistas ha sofocado las líneas de fuerza de síntesis y resulta poco menos que imposible interpretar las constantes de crecimiento de nuestra cultura moderna. Yo diría que este anhelo de unidad no solo es una aspiración cristiana sino un deseo del mundo entero en todos sus niveles. Resulta provechoso comprobar los cambios operados en la mentalidad de nuestros días referentes al concepto de unidad. ¿Cómo entendíamos la unidad hace algunos años? Indudablemente que la entendíamos en sentido de uniformidad. Deberíamos aceptar la realidad tal como es, evitando uniformidades idealistas: la realidad es pluriforme. Deberíamos ser muy realistas. Ese realismo que nos lleva a amar al hermano a quien vemos y no al hermano a quien imaginamos. Creo que el deseo sincero de unidad debe abarcar la realidad plural de nuestro mundo tan diversificado. El pluralismo pertenece a la visión realista del mundo que debe ser interpretado con amor. Hoy, al hablar de unidad, ya no la entendemos como una uniformidad. Pensamos que la unidad debe darse en la pluralidad. Juan XXIII fue el gran artífice de esta nueva mentalidad y él dijo algo que debería ser para nosotros una pauta de conducta nunca olvidada: que al mirar los valores ajenos, debemos subrayar aquello que nos une y no lo que nos separa. Si practicáramos ese sencillo método experimentaríamos la alegría de la unidad. Por ejemplo, en el movimiento ecuménico va mostrándose muy a las claras que la unidad no será el resultado de una uniformidad ideológica ni de una identidad en la formulación de la fe, sino que descubriremos, y tal vez ya estamos descubriendo, que la unidad es posible dentro de un pluralismo mucho mayor de lo que imaginábamos. Para llegar a tales resultados es necesario dilatar nuestras mentes y nuestros corazones, hacer esta gimnasia supremamente provechosa que consiste en dilatar nuestros corazones y ensanchar nuestras mentalidades por la caridad. El carisma de descubrir la unidad en la pluralidad es muy propio de los benedictinos.

Vengamos ahora, concretamente, al pluralismo monástico.

No quiero entrar en disquisiciones esencialistas, pero ayer nos insinuó muy claro nuestro conferenciante, P. Sasía, que la unidad en el monaquismo radica en el *ser* y que la pluralidad tal vez la encontremos fundamentada en el *hacer*. Es difícil determinar los ingredientes que componen el *ser* del monje, pero tal vez sería fácil estar todos de acuerdo a partir de los elementos que, ayer, la primera comisión atribuyó a la noción de monje: la búsqueda de Dios, la precedencia de la oración, la vida comunitaria, el trabajo, la separación del mundo. La búsqueda de Dios que, naturalmente es patrimonio de todo cristiano, pero que nosotros acentuamos en forma enfática, a manera de especialidad. Benito pide al aspirante que llama a la puerta del monasterio *si revera Deum quaerit*, “si verdaderamente busca a Dios”. Es la primera condición para superar la prueba del noviciado. La precedencia de la oración: ayer, un laico observador nos decía que para el hombre de la calle, el monje sigue siendo un especialista de la oración. Es algo evidente que no podemos negar. Otro elemento es la vida comunitaria. Las comparaciones son odiosas, pero quizás me atrevería a afirmar que no conozco otra Orden que tenga una vida comunitaria de tipo familiar tan acentuada como la nuestra. Vida familiar garantizada por estas dos condiciones que san Benito ha establecido: la perpetuidad del Abad y la estabilidad del monje. El P. Abad Primado me decía que no le acaba de gustar el nombre de “familia” aplicado a nuestra vida de comunidad, porque este apelativo le hacía pensar en un cierto infantilismo. Tal vez se podría remediar ese inconveniente diciendo que nuestra vida comunitaria es algo así como una familia de adultos. Les confieso que a mí me gustan tanto los niños que estoy convencido que a nuestras comunidades serias, de hombres de barba y bigote, no les caería mal del todo la presencia de algún niño.

Descritos los elementos que constituyen nuestra unidad visible, podemos pasar a los elementos que determinan nuestra estructura pluralística.

¿Por qué se ha afirmado repetidamente que una de las características de la vida benedictina es el pluralismo? ¿Podríamos indicar las fuentes del pluralismo monástico, es decir, de donde se origina el pluralismo tan particular de la familia monástica?

En primer lugar yo creo que la institución monástica es pluralista a causa de *su carácter de familia adulta*. Pasa con las familias monásticas lo mismo que con las familias de la sociedad humana. Aquello que ofrece más resistencia a la uniformidad o al centralismo es la institución familiar. Ni en los países socialistas se ha podido borrar el carácter autónomo y original de la pequeña sociedad familiar.

Otra fuente del pluralismo es *la fidelidad al terruño donde está ubicado el monasterio*. Tal vez es una consecuencia del voto de estabilidad. Se trata de una fijación local que no es meramente un hecho físico sino más bien una cuestión de fidelidad a lo autóctono. Este tipo de estabilidad, naturalmente, engendra un pluralismo: no es lo mismo un monasterio radicado en Colombia, que un monasterio radicado en la Argentina o en los Estados Unidos.

También es fuente de pluralismo *el mundo artesanal y agrícola* del tiempo en que se escribió la Regla de san Benito. El mundo artesanal se diferencia del mundo especializado de nuestros días. La especialización es atomizante. Hoy experimentamos la necesidad de volver a un cierto mundo artesanal, de carácter más sintético; que mantenga el equilibrio de un conocimiento más global. Por ejemplo, en el campo de la medicina se da hoy el caso de que un especialista del corazón se alarma exageradamente por unas simples anginas de su hijo y corre a otro médico para que le diga si su hijo está enfermo de gravedad; su especialización no le permite diagnosticar unas simples anginas. Hoy se habla de la necesidad de volver al médico de cabecera, al médico de medicina general. La ciencia de la edad media no era una ciencia de especializaciones sino de tipo enciclopédico. La institución de los monjes pertenece a un tipo de civilización enciclopédica, fuente de un sano pluralismo, en contraste con los Institutos religiosos modernos que empiezan por delimitar y definir su carisma propio que les da el ámbito limitado de su especialización.

La autoridad del abad. Se desprende de la Regla de san Benito que, esta autoridad, es también causa de pluralismo. La regla, la ley, es fuente de uniformidad. Es necesaria la interpretación viva de la ley y es esta interpretación viva la que abre la posibilidad de un sano pluralismo. El respeto que el abad debe mostrar, por ejemplo, ante los distintos temperamentos, está en la línea de este pluralismo.

Otra fuente de pluralismo, ni que sea por omisión, es *la carencia de finalidades en orden al hacer*. Por ejemplo, san Benito no prescribe nada en el aspecto de irradiación apostólica. Por esto ha podido decir Jean Leclercq, que una de las características de la vida monástica es la carencia de finalidad secundaria, refiriéndose particularmente a la finalidad apostólica. Al faltarle a la institución monástica una finalidad determinada, queda la puerta abierta a un sin fin de posibilidades que la Historia se ha encargado de poner en evidencia. Las exigencias de la caridad-servicio han llevado a los monjes a asumir multitud de actividades que tal vez una mentalidad esencialista excluiría totalmente. Tal vez podríamos afirmar que el pluralismo de actividades tuvo origen, muchas veces, en un deber de suplencia, cuando la sociedad no cumplía con deberes elementales frente a los derechos del hombre. Por ejemplo, la labor docente. Hoy, al proliferar la especialización, podríamos preguntarnos si se justifican estas tareas que asumieron los monjes, cuando existen otras personas o instituciones que realizan estas funciones con mayor competencia. En este caso, los monjes podrían volver a su soledad ya que no se justificaría una innecesaria suplencia.

Hemos enumerado algunas de las motivaciones -creo que las principales- que ofrece la Regla para explicar nuestro pluralismo. Ahora me pregunto: ¿Qué significado tienen estas motivaciones en la civilización industrial y consumista de nuestra América Latina de hoy? Yo insistí a todos los conferenciantes de este Encuentro que no perdieran de vista que estamos estudiando la presencia del

monje en América Latina hoy. Por tanto ¿qué significado tiene el pluralismo monástico, tal como lo acabo de describir en sus fuentes y en su tradición, qué valor de servicio puede aportar a la América Latina hoy?

En primer lugar creo que el modelo de vida *comunitaria* a la manera monástica, posee un valor de gran actualidad. Todos somos testigos de cómo están pululando en este continente infinidad de ensayos de vida comunitaria, comunidades de base, grupos de oración o de reflexión, etc. Igualmente el modelo de “iglesia doméstica” que ofrece el monasterio, puede iluminar el proceso de liberación que se vive en estas latitudes, anhelos de una nueva sociedad que, al ejemplo de la iglesia apostólica de los Hechos de los Apóstoles, sepa compartir generosamente, ideal que se procura vivir en los monasterios.

La *estabilidad* y sus consecuencias, nos hace descubrir la fidelidad a lo autóctono, a la realidad local. Uno de los grandes logros del Concilio Vaticano II fue el nuevo alcance de la Eclesiología, la estimación justa de la iglesia local. Una eclesiología que, mitigando el centralismo romano, ha sabido descubrir el valor de las iglesias particulares que no son, por supuesto, meras porciones de la gran Iglesia, sino la Iglesia toda en determinadas regiones: la Iglesia que está en Corinto, la Iglesia que está en Lima, la Iglesia que está en Bogotá. No varias Iglesias sino toda la Iglesia en todas partes.

El mundo artesanal y agrícola en el que se desarrolló la sociedad monástica, ¿puede tener alguna incidencia en nuestro mundo tecnificado, de civilización industrial, de sociedad de consumo? Creo que sí. En nuestra sociedad tecnificada y activista, la vida un poco a ritmo rural tiene un valor de signo muy en consonancia con la reacción de las juventudes modernas que valoran como nunca el equilibrio humano en los monasterios, como signos de protesta ante el activismo alocado de la sociedad consumista. Una vida en la que se respetan mucho más los valores de síntesis y se frena la excesiva tendencia a la especialización atomizante. El monje, por su modo de vivir, es un contestatario ante la sociedad tecnificada. El monje no acepta que “el tiempo es oro”, lo cual es verdad en términos de sociedad de consumo. El monje afirma que el tiempo es el *kairos* la oportunidad o encrucijada que se nos ofrece para encontrar el amor. En los monasterios se echa de ver la importancia que tiene para el ser humano la dimensión de la gratuidad y del juego. Su *nihil operi Dei praeponeatur* es un claro desafío al concepto activista del tiempo y hasta al anhelo de eficacia y rendimiento de ciertos tipos de apostolado. Ayer se hablaba de monaquismo urbano; su valor y utilidad están atestiguados por la Historia; pero yo me pregunto si hoy resulta tan fácil de justificar, si la presencia y actividad de otros religiosos no se adaptan mucho más a la ciudad moderna que los monjes.

También el sistema de *autoridad abacial* permite a la institución monástica mantener una flexibilidad de servicio que es el polo opuesto a la fidelidad estricta a la letra de la ley. El monaquismo en Latinoamérica podría ofrecer aquella agilidad que permita hallar nuevos caminos audaces, y esto porque la autoridad del abad, compartida por la comunidad, y guardando fidelidad a la Regla, no tiene las manos atadas con las prescripciones de una Regla que, el mismo San Benito, relativiza en muchos aspectos y subordina al parecer del abad.

Igualmente la *carencia de finalidad apostólica* hace del monje una persona disponible para el servicio, siempre y cuando no haya otra institución que pueda asumir con mayor competencia un servicio exigido por la comunidad humana.

Finalmente, creo que podemos completar el panorama de nuestro servicio pluralístico a la América Latina, al ofrecer en nuestros monasterios un clima privilegiado para el movimiento ecuménico. El Papa Pablo VI recientemente recomendaba a los benedictinos, no digamos el especializarnos pero sí dar especial acogida a todo cuanto pertenezca al movimiento ecuménico. Nuestro pluralismo nos permite una actitud de acogida particular hacia todos nuestros hermanos separados y la sinceridad que implica la oración, añade el sello de una auténtica búsqueda de la unidad. Recordemos cómo los comienzos del movimiento ecuménico en el campo católico, encontró especial acogida en los monasterios benedictinos.

Por falta de tiempo no podemos desarrollar algunos aspectos concretos del pluralismo. Por ejemplo: pluralismo a nivel de Confederación, pluralismo a nivel de congregación, pluralismo a nivel de comunidad y hasta también un cierto pluralismo a nivel de la evolución personal a lo largo de la vida.

*Santa María de Usme
Colombia*